

Efímera monumentalidad

HASTA EL CONCILIO VATICANO II, PRÁCTICAMENTE TODOS LOS TEMPLOS CATÓLICOS DECORABAN SUS INTERIORES DURANTE SEMANA SANTA CON CONSTRUCCIONES DISEÑADAS POR CONOCIDOS ARTISTAS E IDEADAS PARA MONTARSE Y DESMONTARSE EN POCO TIEMPO

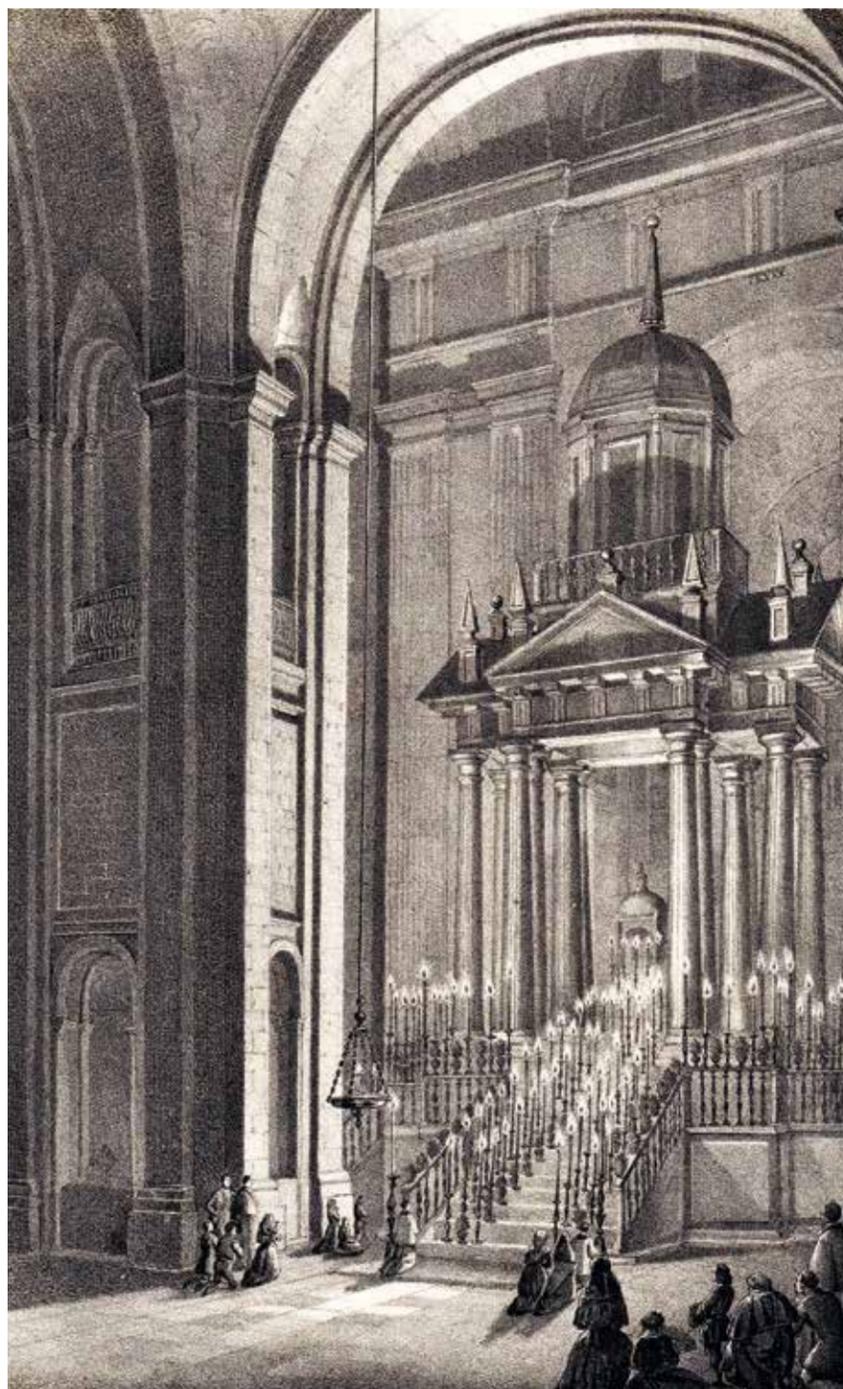
Santiago Mercader Saavedra

Durante siglos, los Jueves y Viernes Santo los templos religiosos decoraban sus interiores con unas suntuosas estructuras que tenían por objeto hacer de espacio de reserva de la Eucaristía entre la misa del Jueves Santo y su comulgación al día siguiente. Estas construcciones, llamadas *monumentos*, se caracterizaban por ser obras efímeras. Ideadas para montarse y desmontarse en poco tiempo, durante su exposición se convertían en singulares espacios de culto. *Monumento* proviene del latín *monumentum* y se podría traducir como: “instrumento de la memoria o del recuerdo”. También se define como “sepulcro de grandes proporciones”. Esta doble interpretación ha dotado de un complejo simbolismo a estas piezas litúrgicas. Desde el punto de vista religioso, el monumento funciona como un templo que aloja la urna con el Sacramento consagrado en la misa de Jueves Santo. Por su función simbólica, también se asemeja a la tumba de Cristo tras su crucifixión. Ha transcurrido más de medio siglo desde la celebración del Concilio Vaticano II (1962-65), cita en la que, entre otras cosas, se abordó el tema de la liturgia durante la Pascua y en la que esta ceremonia quedó bastante simplificada. La reducción de la misa tuvo como consecuencia la disminución de la preponderancia

otorgada hasta entonces a los monumentos, que durante siglos habían sido una de las manifestaciones plásticas más esplendorosas del poder simbólico de la Iglesia y su rebotante éxito social. No había ermita, parroquia o catedral que no levantase, por pequeño que fuese, un monumento en cartón piedra o con sofisticados montajes.

COLUMNAS DÓRICAS

Los primeros monumentos de los que tenemos noticia son de época gótica, pero no nos ha llegado obra alguna. Durante el Renacimiento se aplicaba la tipología de planta centralizada, dándose interferencias con los túmulos que en ocasiones extraordinarias se erigían dentro de las iglesias en canonizaciones, beatificaciones, exequias reales... El mundo de las artes decorativas y la orfebrería, sobre todo los tabernáculos guardados en los tesoros de las iglesias, también pudieron influirlos a nivel tipológico. Tenemos una muestra en el monumento que hasta 1970 se montaba en la catedral de Córdoba y que se fechaba hacia 1577. El de San Lorenzo de El Escorial fue diseñado por Giovanni Flecha en 1587 en el crucero de la iglesia de los Jerónimos y consistía en una gran estructura sobre un zócalo de planta rectangular al que se podía acceder mediante cuatro escalinatas que levantaban un primer cuerpo clásico de columnas



Litografía de Villegas, de mediados del siglo XIX, que muestra el culto delante del monumento de planta centralizada del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, diseñado en 1587 (foto del autor).

dóricas, que alojaba el arca sacramental, y se coronaba por un templete rematado en una cúpula y un *chapel* acabado en esfera.

CONMOCIONAR

El monumento de la catedral de Sevilla fue una de las obras cumbre. Aunque levantado a mediados siglo XVI, fue reemplazado por otro en 1594, instalándose en el trascoro del templo. Obra de Ascencio de Maeda, con el asesoramiento iconográfico de Francisco Pacheco, a inicios del siglo XVII se le añadió otro piso más, elevando la mole hasta los 25 metros de altura. De tipo turriforme, utilizaba un lenguaje de órdenes clásicos y se coronaba con una pirámide escalonada, finas columnas, un arco rebajado y una cúpula calada. La fábrica tenía 23 tallas de sumos sacerdotes, apóstoles, profetas y hasta una escena del Calvario. Vicente Lleó lo estudió, recogiendo una cita del militar Mesía de la Cerda, que lo definía como “octava maravilla del mundo”. Tras el Concilio Vaticano II la obra se dejó de montar, hecho que no ha dejado de suscitar cierta polémica. La estética del barroco, dada a la exuberancia y complejidad, llevó a la construcción de monumentos más elaborados. El interés por “conmocionar” al espectador condujo a erigir monumentos en perspectiva, montajes de bambalinas, pinturas en *trompe d’oil*, telones... Obras que –acompañadas de figuras alegóricas de las Virtudes cristianas, escenas de la Pasión, atributos con



Arriba, **pintura al temple de un monumento indeterminado**, obra de los italianos Ferdinando Galli Bibiena y de su hijo Giuseppe (imagen Subasta Balclis, Barcelona). Sobre estas líneas, **túmulo erigido dentro de la catedral de Barcelona** en honor a las exequias fúnebres de Carlos II en 1700 (imagen Palau Antiguitats, Barcelona).

Armas Christi y profusión de ángeles–, producían efectos envolventes. Ejemplo de ello lo vemos en el monumento de la Seo de Zaragoza (catedral de San Salvador) del siglo XVIII, entendido como una sucesión de telas en perspectiva que centraban la atención en la

urna eucarística. Realizado en 1711 por el pintor Juan Zabalo, hoy está en la capilla del Santísimo. Otra interesante muestra que hemos estudiado la vemos en el monumento de la catedral de Barcelona. Construido en 1735 por los escultores Josep Sunyer

Raurell y su hijo, policromado por Agustí Viladomat y Pere Rigalt, y con la colaboración del pintor Antoni Viladomat, estuvo en uso hasta 1863. La fábrica se montaba a los pies del templo, ocupando su nave central; consistía en un gran arco de medio punto avanzado y descubierto que daba acceso a un templo circular rematado por una cúpula. No se ha conservado ni su arquitectura ni sus pinturas, pero tenemos su traza y nosotros mismos hallamos sus ocho esculturas de ángeles y virtudes teologales, de grandes dimensiones, conservadas hoy en el Museo Diocesano de San Severo. Del setecientos merecen citarse el monumento del monasterio de San Martín de Pinario (Galicia), el de Santa María de Tui (Pontevedra), el de la catedral de Cádiz... Pero no podemos cerrar el listado sin comentar el mayor monumento construido en España, el de la catedral de Toledo, que ascendió a más de un millón y medio de reales. Inaugurado en 1807 e instalado en el trascoro de la nave principal, tenía una anchura de 40 metros y una altura de 35. Diseñado por el arquitecto Ignacio Haan, con obra de los escultores Mariano Salvatierra y Antonio Folch, consistía en una larga escalinata que desembocaba en un tabernáculo rematado por una cúpula con la figura de la Fe y un dosel que colgaba de la bóveda del templo. ■

MÁS INFORMACIÓN:

Els monuments de Setmana Santa de la catedral de Barcelona, S. Mercader Saavedra, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, Barcelona, 2015.